

## El encierro en dos novelas, una pieza teatral y un folletín

Emmanuel del Hierro Molinar\*

Desde antes que nos enteráramos que doña Blanca estaba cubierta de pilares de oro y plata, diversos autores han retomado a algunos personajes para confinarlos en una torre, en una caverna o en una casa; todos estos sitios, como se verá, modelos de prisión.

Son cuantiosos los textos que ejemplifican el tema del encierro. Desde los clásicos, pasando por el mito de Ío que es asediada por el perro Argos; o el de Dánae quien, cautiva por su padre Acrisio, es arrojada al mar en una cárcel de hierro; o también el ejemplo de Antígona que es lapidada por su tío Creonte al no obedecer su precepto. Pero sólo he tomado cuatro ejemplos: *El celoso extremeño*, novela ejemplar de Miguel de Cervantes Saavedra; *La casa de Bernarda Alba*, pieza teatral de Federico García Lorca; *La carcajada del gato*, novela de Luis Spota; y *Las visitaciones del diablo*, denominada por su autor, Emilio Carballido, como un “folletín romántico”.

En el segundo capítulo del estudio *Raíces históricas del cuento*, Vladimir Propp dice que uno de los motivos por el cual los personajes se ven sometidos al enclaustramiento se debe a la configuración de una fuerza preponderante hegemónica que se concreta a través de los personajes que funguen a manera de progenitores o de cónyuges. En *La casa de Bernarda Alba* y en *Las visitaciones del diablo*, se observa la primera modalidad donde Bernarda Alba y Félix Estrella se mantienen como los dirigentes de sus respectivas familias. En *El celoso extremeño* y en *La carcajada del gato*, se personifican Felipe de Carrizales y Lázaro en consortes que, como cancerberos, resguardan la seguridad del hogar.

*El celoso extremeño*, publicada hacia 1613, muestra al hidalgo Felipe de Carrizales que, después de forjar una cuantiosa fortuna en

América, regresa a Europa contando con 68 años de edad, para casarse con Leonora, joven de 14. La boda se realiza con rapidez, no sin antes haber tomado sus medidas para separar a Leonora del mundo: acondiciona su casa de manera que la joven quede en la máxima clausura: “Cerró todas las ventanas que miraban a la calle, y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa”.<sup>1</sup> “No se vio monasterio tan cerrado, ni monjas más recogidas, ni manzanas de oro tan guardadas”.<sup>2</sup>

Leonora vive rodeada de mujeres esclavas, algunas negras y doncellas. El único hombre, además de Carrizales, es un negro eunuco, Luis, que no habita la casa, pues le está vedado entrar.

La descripción del espacio es asfixiante y da cuenta del carácter imperioso del protagonista. Su empeño es tan tenaz, que lo lleva al grado de convertir a toda su hacienda en un foco antivida: todos sus moradores vienen a representar la negación de lo vital. Carrizales ocupa su casa de personajes desexualizados y hace de ella un universo único. Este claustro es abierto por una sola llave maestra, que alcanza la significación fálica que siempre está en poder del anciano. Felipe de Carrizales opera una disección total de la vida, apartando aquellos elementos que amenazan con fracturar su cosmos.

En *La casa de Bernarda Alba*, obra póstuma de Federico García Lorca, Bernarda somete al encierro, luego de la muerte de su segundo esposo, a sus cinco hijas: Magdalena, Angustias, Adela, Amelia y Martirio; a su madre y a su servidumbre. Bernarda es un personaje masculinizado, el emblema de su nombre y el bastón en el que se apoya, además de esgrimirlo como arma contra las sublevaciones de sus hijas, muestran una significación fálica. Como Felipe, impone en el universo cerrado de su casa un único orden posible y necesario, porque es juzgado con la verdad y contra él no se admite protesta ni desviación alguna. También en este caso, la viuda conserva la llave maestra que abre todas las entradas de su casa y con la que demuestra su omnipotencia.

En *La carcajada del gato*, se percibe una atmósfera densa y atemporal cuyo captor recibe el nombre de Lázaro. Conforme avanza la lectura de la novela de Luis Spota, se puede inferir una correspondencia del nombre del personaje con su homónimo bíblico, pues habita con su familia en un espacio opresivo, tal como el sepulcro. Lázaro se ha encargado de que en su casa no existan los instrumentos que contabilicen el transcurrir del tiempo: relojes, calendarios y, menos aún, espejos. Sin instrumentos que lo midan, el tiempo carece de importancia. No significa nada para Claudia, la esposa del protagonista quien tiene 19 años encerrada, y mucho menos para sus tres hijos: Job, Yuri y Momo, que ignoran qué es un segundo, una hora, un mes o un año: les ha hecho creer que son los individuos de una nueva especie humana, porque aquellos que pregonaban el miedo, la ambición, el odio, el egoísmo, la mentira ya han sido aniquilados.

En los 19 años de incomunicación, jamás han visto a otras personas que no sean ellos mismos. Nunca han visto un periódico, una pintura, sino sólo el libro con el que Lázaro les enseña a leer. Es tan absoluto su aislamiento que, cuando el patriarca alude a “los hombres de afuera”, lo hace como si se tratara de seres desaparecidos y no como personas que existen en una realidad que la familia desconoce. Incluso, Claudia no recuerda el exterior porque lo ha olvidado. Para todos, el universo es la casa y ellos cinco son los únicos moradores que encuentran dentro de sus murallas todo lo que necesitan: alimento, abrigo, descanso.

Emilio Carballido, al igual que los autores precedentes, otorga preeminencia al espacio representado en su novela. Así como en *La casa de Bernarda Alba*, *Las visitaciones del diablo* se desarrolla en un inmenso caserón, oscuro, sumergido, a su vez, en un ambiente rural en el que Félix Estrella, apellido que evoca a la blancura, mantiene ocultos a sus descendientes.

Contrariamente a los textos anteriores, no se observa sólo a un captor singular, a la manera de Carrizales, Bernarda o Lázaro, sino colectivo. Además de Félix, está la

sociedad veracruzana, soñolienta y monstruosa, que engulle a toda la familia Estrella y a su deteriorado caserón que tiene una estructura laberíntica. Es un universo hermético: la casa, dentro de otro cosmos que resulta aún más impenetrable: la sociedad.

No resultó fácil hallar el comedor. A más del piano, los candiles, las ventanas encortinadas de terciopelo, la sala tenía varias puertas; él entró y salió por las que daban al patio; subió al segundo piso, volvió a bajar. Después, junto al vestíbulo, encontró esa pequeña antecámara. Por una puerta entornada vio de nuevo los candiles y el piano, pero aquí, a la derecha, descendía otra escalera subterránea. Estaba alfombrada, era de cedro labrado y conducía a una pieza grande: en el centro brillaba una mesa puesta con manteles chinos que habían cumplido ya los cincuenta años.<sup>3</sup>

En cada una de las cuatro diégesis, la casa viene a intervenir como un ser vivo: sobredetermina en sus circunstancias fisiológicas, psicológicas, sociales, económicas e históricas, la personalidad de quienes la habitan. Estos son seres que no desean transcurrir en el exterior, quieren suspender el camino del tiempo en una temporalidad comprimida. Por eso, aquí, el espacio lo es todo, porque el tiempo ya no transcurre. La casa guarda la vida, al igual que una crisálida.

Pero en la tentativa de evitar el desastre, Felipe de Carrizales, Bernarda Alba, Lázaro y Félix Estrella, no hacen sino precipitarlo. No reparan que en la prohibición se cimentará su tragedia, pues, como lo afirma Gastón Bachelard: “No hay cerradura que pueda resistir la violencia total. Todo lugar cerrado es una llamada al ladrón”.<sup>4</sup> Probablemente ahora entendamos porqué se esconde doña Blanca.

<sup>1</sup>Estudiante de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la UACJ.

<sup>2</sup>Miguel de Cervantes, *Las novelas ejemplares*. Castalia, Madrid, 2001, p. 492.

<sup>3</sup>*Ibid.*, p. 496.

<sup>4</sup>Emilio Carballido, *Las visitaciones del diablo*. Joaquín Mortiz, México, 1965, pp. 22-23.

<sup>5</sup>Gastón Bachelard, *La poética del espacio*. FCE, México, 1975, p. 86.